

Parashat

Ékev

♦ 93 ♦

י"ח אב תשפ"ו

י"ח אב תשפ"ו

קהילת שבתי בבית ד'
בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיור

Tiv Hamaasiot

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

No podrás acabar con ellos rápidamente

En cierto lugar construyeron un edificio tan alto que no tenía comparación en el mundo. Para llegar a la cima era necesario subir miles de escalones. Los constructores anunciaron que quien lograra alcanzar el último piso recibiría un gran premio. Muchas personas lo intentaron. Unos consiguieron subir diez pisos antes de rendirse; otros llegaron a veinte o treinta. Cada competidor avanzaba un poco más, pero ninguno lograba alcanzar la cima.

Finalmente llegó un judío que comenzó a subir. Avanzaba más lentamente que los demás, pero, de manera sorprendente, no se cansaba ni se desanimaba. Continuó ascendiendo hasta que finalmente alcanzó el último piso y ganó el premio. Todos le preguntaron cómo había logrado lo que nadie más pudo conseguir.

Él respondió:

—Desde el principio nunca pensé en subir todo el edificio. Mi objetivo era subir solo un piso. Cuando lo conseguía, me proponía subir un piso más. Y así sucesivamente. Incluso cuando ya estaba cansado, me decía a mí mismo: "Solo un piso más". De esa manera llegué finalmente hasta la cima. En nuestra parashá está escrito: «Hashem, tu D-íos, expulsará a esas naciones de delante de ti poco a poco; no podrás exterminarlas rápidamente...» (Devarim 7:22).

Los justos explican que este versículo encierra una enseñanza fundamental para el crecimiento espiritual. En los asuntos de santidad, el camino correcto es avanzar «poco a poco». Nuestros Sabios ya dijeron: «Si intentas abarcar demasiado, no habrás conseguido nada; si tomas poco, habrás conseguido algo».

A veces, una persona desea transformarse de un día para otro, corregir todos sus defectos y convertirse inmediatamente en un gran justo. Sin embargo, esa actitud suele llevar a la frustración. Cuando ve que no logra cambiarlo todo de golpe, termina desanimándose y abandona incluso los pequeños avances que sí estaban a su alcance.

Por eso, el camino adecuado es progresar gradualmente. Así como al subir una escalera no se pueden saltar todos los escalones de una vez, también en el servicio a Hashem se avanza paso a paso. Quien se esfuerza constantemente por mejorar un poco cada día tiene muchas más probabilidades de alcanzar finalmente metas que parecían imposibles.

(Tiv Hatorá – Ékev)

El precioso valor de cada judío

Sobre el versículo: «Toda la mitzvá que Yo te ordeno hoy guardaréis para cumplirla» (Devarim 8:1), el autor del Toledot Adam observa que el versículo comienza en singular («te ordeno») y luego pasa al plural («guardaréis»).

Él explica que una mitzvá alcanza su plenitud únicamente cuando la persona se siente unida a todo el Pueblo de Israel. Nuestros Sabios enseñaron que incluso los pecadores de Israel deben ser incluidos en la comunidad, tal como la jelbená (gálbano), de aroma desagradable, formaba parte de los ingredientes del incienso sagrado.

La razón es que en cada judío existe una chispa interior de inmenso valor. Como dijeron nuestros Sabios: «Aunque haya pecado, sigue siendo Israel». El alma de cada judío proviene del tesoro más preciado del Rey del Universo, y nadie puede comprender plenamente cuánto lo ama Hashem.

Por ello, la verdadera perfección de una mitzvá se alcanza cuando la persona se considera parte inseparable de todo el pueblo judío.

Siguiendo esta idea, puede entenderse también la comparación del pueblo de Israel con la Menorá. Así como la Menorá estaba hecha completamente de oro puro, también cada judío posee una esencia espiritual preciosa. Incluso aquellos que parecen encontrarse en los niveles más bajos siguen siendo «oro puro» en su interior. A veces, ese oro está cubierto por impurezas y necesita ser pulido, pero su valor esencial jamás desaparece.

«Que no me hizo gentil»

Se cuenta acerca del Tzadik, Rabí Neta Tzienwirt, zal, uno de los piadosos de la Jerusalem de antaño, que una mañana, después de salir del mikvé, fue visto preguntando con gran interés por los resultados de las elecciones presidenciales de Estados Unidos celebradas el día anterior.

Varias personas lo vieron acercarse a un grupo que comentaba las noticias y preguntar con curiosidad:

—Entonces, ¿quién ganó? ¿Quién será el presidente?

Todos se sorprendieron. ¿Desde cuándo un hombre tan santo se interesaba por asuntos políticos, y, además, antes de la plegaria de la mañana?

Poco después, durante las bendiciones matutinas, llegó a la bendición de «... shel' asani goy» ('... que no me hizo gentil'). Entonces la recitó con una emoción extraordinaria y con especial intensidad.

Más tarde explicó el motivo de su interés por las elecciones:

—Quise saber quién era el gentil más importante del mundo, el hombre que ocupa el cargo más poderoso y honorable entre las naciones. Y una vez que lo supe, al recitar la bendición "que no me hizo gentil", tuve presente precisamente a esa persona.

Rabí Neta explicó que esta bendición no significa solamente agradecer no haber nacido como los pueblos del mundo en general. Significa reconocer la inmensa grandeza espiritual que posee un judío. Incluso el judío más sencillo posee un alma cuyo origen está en el tesoro del Rey del Universo, un valor tan elevado que ni siquiera los ángeles pueden comprenderlo plenamente.

Por eso, al saber quién era el hombre más poderoso entre las naciones, pudo agradecer con mayor profundidad a Hashem por haberle concedido el privilegio de pertenecer al pueblo de Israel. Y ni siquiera la posición del gentil más poderoso del mundo presentaba un atractivo frente al mérito de ser un simple miembro más del pueblo judío.

La alegría de ser judío

Se cuenta que el Rav Hakadosh, Rabí Levi Yitzjak de Berdichev, zal, conocido como “el Gran Defensor del Pueblo de Israel”, estaba una vez dirigiendo la plegaria y recitando las bendiciones matutinas. Quienes lo escuchaban notaron que había omitido la bendición de «... que no me hizo gentil».

Cuando se lo hicieron notar, explicó:

—Como acostumbro, me levanté a medianoche y comencé a reflexionar sobre el inmenso privilegio de ser judío. Pensé en el mérito que tenemos de poder dirigirnos directamente al Rey de reyes y decirle: “Te agradezco”, como quien habla con un amigo cercano. También en las bendiciones nos dirigimos a Él de manera directa: “Bendito eres Tú, Hashem”. ¡Qué grande y maravillosa es esta cercanía!

»Mientras meditaba en ello, mi corazón se llenó de tanta alegría y gratitud que, llevado por la emoción, pronuncié inmediatamente la bendición: “Bendito eres Tú, Hashem, [...] que no me hiciste gentil”. Por eso, cuando llegué ahora a las bendiciones matutinas, ya la había recitado horas antes.

Un taxista y una gran lección

Permítanme compartir un par de historias de las que aprendí cuán valioso es cada judío y cuánto debemos cuidarnos de juzgar a los demás.

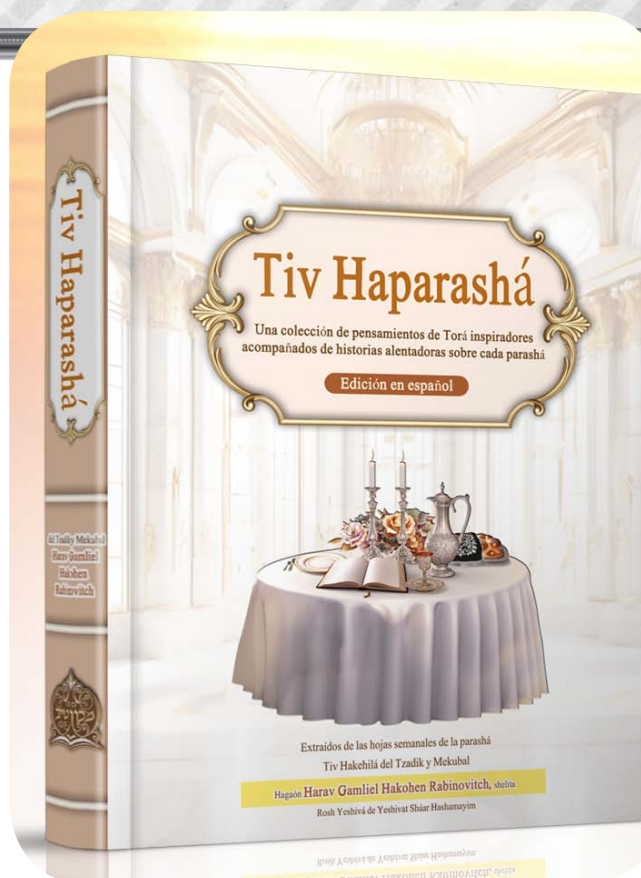
La primera es una anécdota que yo mismo vivencé:

En un frío y lluvioso día de invierno, esperaba un taxi para llegar a un determinado lugar. Al poco tiempo se detuvo junto a mí un taxi que ya llevaba un pasajero. El conductor me invitó a subir y me explicó que primero dejaría al pasajero en su destino y luego me llevaría a donde yo necesitaba ir.

Acepté, pero a medida que avanzábamos el conductor realizaba numerosos rodeos y recorría largas distancias atendiendo al primer pasajero. Yo permanecía sentado observando cómo el tiempo pasaba y cómo nos alejábamos de mi destino.

Debo admitir que empecé a molestarme. Pensé que el conductor simplemente quería aprovechar la ocasión para ganar dos viajes al mismo tiempo, haciéndome perder tiempo innecesariamente. Sin embargo, decidí no decir nada para no avergonzarlo delante del otro pasajero.

Cuando finalmente el pasajero descendió y yo estaba a punto de expresar mi descontento, el conductor se volvió



hacia mí con una sonrisa y me saludó respetuosamente:

—¡Shalom, Rabino! ¿Acaso no me recuerda?

Le respondí que no.

Tras conversar unos minutos, descubrí una realidad completamente distinta de la que había imaginado. Resultó que aquel hombre me había visitado tiempo atrás por un determinado asunto y había desarrollado un gran respeto por la Torá y por quienes la estudian.

Al verme bajo la lluvia esperando un taxi, pensó que no era digno que un rabino permaneciera allí mojándose y pasando frío. Por eso decidió recogerme, aunque ya estuviera ocupado con otro pasajero. Su intención era llevarme gratuitamente a mi destino para evitarme la incomodidad de seguir esperando bajo el aguacero.

Después de dejar al primer pasajero, me condujo hasta donde necesitaba ir. Cuando intenté pagarle, se negó rotundamente a aceptar dinero. Lo único que pidió fue una bendición.

Bajé del taxi profundamente impresionado. Mientras yo lo había juzgado como un conductor interesado y oportunista, la realidad era exactamente la contraria: se trataba de una persona noble que había actuado por respeto a la Torá y por consideración hacia otro judío. Aquella experiencia me enseñó una lección inolvidable: nunca podemos saber qué motivos se esconden detrás de las acciones de otra persona. Por eso debemos esforzarnos siempre por juzgar favorablemente a cada judío, cuyo valor interior es mucho más grande de lo que

nuestros ojos pueden percibir.

Una mitzvá puede revelar la grandeza de una persona

La segunda historia ocurrió en la casa del Rav Hakadosh, Rabí Avraham Matitiah de Stefanest, zal, nieto del sagrado Rebe de Ruzhin, zal. Era uno de los grandes justos de su generación y era especialmente conocido por ayudar a numerosos jóvenes judíos a librarse del servicio militar en Rumania, donde corrían graves riesgos espirituales.

En cierta ocasión acudió a él un judío muy alejado de la observancia de la Torá y las mitzvot, pidiéndole una bendición para no ser reclutado por el ejército rumano.

El Rebe, acostumbrado a escuchar peticiones de jóvenes preocupados por las dificultades religiosas del servicio militar, le preguntó:

—¿Temes que allí te obliguen a comer alimentos no permitidos o que profanes el Shabat?

El hombre respondió con sinceridad:

—No, Rebe. Lamentablemente, en la casa de mis padres nunca fuimos cuidadosos con esas cosas. Mi preocupación es otra: tengo una madre anciana que depende completamente de mí. La cuido todos los días y está muy unida a mí. Si me llevan al ejército, quedará sola y no tendrá quién la atienda.

Al escuchar estas palabras, el rostro del Rebe se iluminó.

—¡Si es por la mitzvá de honrar a tu madre, te prometo que quedarás libre! —le dijo con emoción.

Y así fue. Poco tiempo después, el hombre recibió una exención y pudo permanecer junto a su madre para seguir cuidándola.

La enseñanza que extraje de este episodio era profunda: aunque aquel hombre estaba muy alejado de la práctica religiosa, poseía una cualidad preciosa: una dedicación excepcional a la mitzvá de honrar a su madre. Esa buena acción revelaba la pureza que seguía existiendo en lo más profundo de su alma.

Por eso nuestros Sabios enseñaron que incluso quienes parecen estar alejados deben formar parte del pueblo y de la comunidad. Nunca sabemos qué tesoro espiritual se esconde en el interior de una persona. A menudo, detrás de una apariencia distante, hay un corazón lleno de bondad, sensibilidad y méritos que solo Hashem conoce plenamente.

(Basado en una charla sobre la importancia de juzgar favorablemente a los demás, publicada en Tiv Hanejamá)